

El Covid19 como experiencia de lo imposible

Alfredo Marcos

Universidad de Valladolid
amarcos@fyl.uva.es
www.fyl.uva.es/~wfilosof/webMarcos/

Futuroscopia

Cuando ocurre algo que nadie preveía ni imaginaba siquiera, resulta que muchos se lanzan a hacer predicciones para la post-pandemia y nadie se priva de hablar en futuro. De nuestros pensadores de guardia, Giorgio Agamben augura un terrible futuro policiaco de vigilancia total, mientras que Byung-Chul Han celebra –desde Alemania- que el autoritarismo oriental vaya a acabar con la privacidad. Y para Slavoj Žižek está a punto de arribar un nuevo comunismo, dado que el virus ha puesto al aire las miserias del capitalismo. Lo cual es una ocurrencia asombrosa, pues se refiere a un problema generado en China, el mayor recinto del planeta gobernado aun por un partido comunista. Y después está el inevitable Yuval Harari, quien también se ha lanzado a predecir cómo será el mundo post-pandémico, sin el crédito que le hubiese dado haber predicho la propia pandemia. Pero la filosofía no se ocupa de predecir lo que será, sino de estudiar el ser y el deber ser.

Todavía no han sacado algunos la principal lección que la pandemia nos recuerda. Y digo nos recuerda porque tal lección podíamos haberla aprendido ya mucho antes: lo único que sabemos del futuro es que no sabemos cómo será. Podíamos haberlo aprendido de las tradiciones sapienciales: “Si quieres hacer reír a Dios, cuéntale tus planes”. También de la poesía de todos los tiempos. Por ejemplo, nuestro Jorge Guillén escribe: “Lo extraordinario: todo”. O bien de los textos filosóficos más sensatos. Con Hans Jonas: “Nosotros sabemos –y tal vez es lo único que sabemos- que la mayoría de las cosas serán distintas [...], que hemos de contar siempre con la novedad, pero que no sabemos calcularla”. Ahora bien, tras la sacudida que nadie supo anticipar, muchos han retomado ya las gafas de ver el futuro y se han puesto a profetizar. ¿Qué les indica que mañana mismo no pueda darse una nueva sacudida de distinta ralea o una réplica del mismo temblor? Seguimos sugestionados por el mismo trampantojo que puso ante nosotros la modernidad, es decir, seguimos pensando que hay que escrutar el futuro y sacar de ahí las indicaciones pertinentes para orientar nuestra acción. Una vanguardia de sedicentes visionarios nos precede en la senda del progreso. Ellos ven el futuro y su visión nos encarrila, dicen.

Pero mirar al futuro es una ocupación estéril, no se ve nada en realidad. Aunque los grandes charlatanes de la ideología quieran hacernos creer que ellos sí ven. Y no se ve nada porque el futuro no existe, hay que hacerlo como presente a cada momento. Si uno quiere aprender, ha de mirar hacia el pasado, ha de rebuscar en lo actual. Ha de investigar qué es lo que nos ha pasado y quiénes somos nosotros, estos curiosos seres a los que nos está pasando algo inesperado. Es eso lo que tenemos a la vista y nada más.

¿Qué nos está pasando?

En el caso que nos ocupa, hay que investigar a fondo cuál ha sido el origen de un virus que está matando a tantas personas y que ha puesto en cuarentena a la familia humana en todo el planeta. Queremos saber si se trata del resultado natural de una mutación espontánea en un virus animal, que ha pasado así a tocar a los humanos, o bien del producto diseñado en un laboratorio biotecnológico. Hay que mirar a la zona de Wuhan, sí, pero aun no sabemos si es preciso fijarse en los mercados húmedos de los pobres o en los centros de investigación punteros. No sabemos aun dónde está el descuido o el dolo, si en la cadena alimentaria o en la investigación salvaje. Ahora bien, de ambas cosas es responsable el Partido Comunista Chino, así que hay algo que sabemos ya: el Partido Comunista Chino, que siempre ha sido un peligro para los ciudadanos chinos, es ahora, con mucho más dinero y mejor tecnología que nunca, pero con la misma determinación despiadadamente totalitaria de siempre, un peligro para la humanidad entera. Bajo supervisión de la OMS habría que investigar también el número real de contagiados y fallecidos en el mundo. Las cifras chinas no son fiables y respecto de las que ofrece el gobierno español existen indicios de que infravaloran la pandemia.

La experiencia de lo imposible

La modernidad nos enseñó a orientar nuestra vida mirando hacia el futuro, pues se suponía que la ciencia lo predecía (incluso las ciencias sociales, historicismo...) y la técnica lo controlaba. Hoy sabemos que no es así. Bueno, ya lo sabíamos, pero no queríamos darnos por enterados. Entonces, ¿cómo podemos orientar nuestras vidas? No intentando mirar al futuro, sino fijándonos en nuestra esencia, en nuestra naturaleza, en lo que somos. Nuestra acción se proyecta hacia el futuro, pero a la vista solo tenemos lo que somos, de ahí hay que extraer la sabiduría. Respecto de lo que será, lo único que hemos de dar por sabido es nuestra ignorancia.

Experimentamos hoy lo que previamente considerábamos imposible o que ni siquiera habíamos imaginado. Sabemos ya que este tipo de experiencias pueden darse y que nuestra preparación para las mismas no puede venir de la predicción, pues por definición no son predecibles (son "imposibles", o inimaginables). Nuestra única fuente de orientación resulta de la fidelidad a nuestra propia naturaleza, del saber qué soy (naturaleza humana), quién soy (persona) y cuál es mi vocación (función, en términos de Aristóteles). El futuro humano (al cual alude el nombre de este Centro) deberíamos construirlo con la vista puesta en la naturaleza humana, no basándonos en el espejismo de una supuesta predicción.

¿Qué somos?, ¿quiénes somos? La naturaleza humana

En nuestra naturaleza existen, de modo integrado, aspectos animales, sociales y espirituales, todos ellos distinguibles en la unidad irrepetible y concreta de cada persona. Debido a esta común naturaleza humana, somos seres vulnerables, mutuamente dependientes y con aspiración a la autonomía personal. Ahora bien, la actual pandemia nos recuerda que la aspiración a la autonomía del individuo ha de verse contrapesada en todo momento por el reconocimiento de nuestra mutua dependencia. En condiciones de alarma como las que vivimos, uno debe aspirar, quizá más que nunca y con mayor fuerza, a mantenerse por sí mismo, a no resultar una carga para el resto, a liberar capacidad de asistencia. Además, nos percatamos como nunca del sentido que tiene esta autonomía: ha de orientarse precisamente hacia el cuidado de los demás, hacia la mitigación de la vulnerabilidad humana. Y al mismo tiempo, no queda más remedio que reconocer nuestra estrecha interdependencia y vulnerabilidad. Todo ello configura de un modo intenso y vívido una ética del cuidado mutuo. Cada paso que damos en los hogares de la cuarentena, en los heroicos trabajos que sostienen las constantes basales

de la sociedad, nos enseña que todos dependemos de todos, que formamos la gran familia humana; que hay grandeza en reconocer esta interrelación, así como en buscar la propia autonomía que de tanto puede servir a otros. Se nos impone como evidencia en estos momentos la importancia nunca bien ponderada de haber formado con antelación núcleos fuertes y estables de comunidad, redes de amigos, de conciudadanos, y, sobre todo, familias.

¿Qué hacer? El cultivo de las virtudes

Además, nos damos cuenta con luz nueva de la pléyade de virtudes que se requieren ahora para salir adelante; virtudes que seguramente deberíamos haber cultivado desde tiempo atrás y en mejores circunstancias. Hemos asumido en estos días que hay que contar con lo inesperado. Solo el cultivo de un carácter conforme a la virtud nos prepara para aquello que no sabemos calcular, ni predecir, quizá ni imaginar. Tenemos normas y dictados de urgencia que llegan desde el poder político, desde nuestros no siempre ejemplares gobernantes (en España, el gobierno ha supeditado la salud pública a los intereses ideológicos de los partidos gobernantes, socialista y comunista). Pero las normas no bastan. El sentido del deber no moviliza. Los cálculos de utilidad no siempre son factibles y pocas veces resultan fiables. Hace falta, sí, resulta imprescindible sopesar las consecuencias de cada una de nuestras acciones, atender a lo que el sentido del deber indica y observar las normas promulgadas. Pero la vida misma nos enseña hoy que hemos de ir más allá y venir más acá de todo eso, que hay algo anterior y posterior a la norma, al deber o al cálculo; algo que es necesario y que, al mismo tiempo, no es formalmente exigible; algo que depende del carácter de las personas.

Esperamos que las cosas vayan a mejor –y la esperanza es ya una virtud digna de cultivo–, pero sabemos que solo será así en la medida en que emerjan otras virtudes, como el compromiso, la honradez, la fortaleza, la templanza, la prudencia, la humildad y la serenidad, la generosidad en el esfuerzo, la laboriosidad, la creatividad, el buen ánimo, la amabilidad, la puntualidad, el agradecimiento, la austeridad en el consumo y la moderación en líneas generales, la sinceridad, la tolerancia, la capacidad de sufrimiento, la alegría, la disciplina, la disposición de obediencia a la autoridad legítima y así sucesivamente, hasta algo tan modesto, pero crucial, como son los buenos hábitos de higiene y limpieza. Se aprende todo ello con la práctica y con el ejemplo.

Y hemos conocido estos días ejemplos iluminadores. Por citar tan solo dos: los profesionales de la sanidad –en destacado lugar–, los encargados de la distribución, del orden público, de la investigación médica y un largo etcétera de funciones básicas para evitar el colapso, están dando pruebas de coraje, laboriosidad y capacidad de sacrificio. También la sociedad en general ha sabido dar muestras ejemplares de agradecimiento –una de las virtudes que MacIntyre liga al reconocimiento de la dependencia. Aprendemos todos cuando vemos a una enfermera que mantiene la paciencia tras veinticuatro horas de guardia o a un conductor que sacrifica la noche entera para garantizar el abastecimiento. De una nueva y sorprendente liturgia social, el aplauso al atardecer, vamos aprendiendo la virtud del agradecimiento.

Ojalá esta desgracia universal resulte pronto memoria de tiempos convulsos felizmente superados, de tiempos que han dejado tras de sí una humanidad mejor y más sabia.

Para leer

- AA. VV., *Sopa de Wuhan*, disponible en:
https://drive.google.com/file/d/1tShaH2j5A_9n9cWl6mhxtaHiGsJSBo5k/view
- A. Marcos, *La experiencia de lo imposible*, disponible en:
http://www.fyl.uva.es/~wfilosof/webMarcos/textos/A_Marcos_Experiencia_de_lo_imposible_Mx_2008.pdf
- A. Marcos y M. Pérez, *Meditación de la naturaleza humana*, BAC, Madrid, 2018.